

Tengo pegado al muro un cuco de madera
que ha mucho que no canta su canción lastimera.
La causa del silencio no se la he preguntado.
Llego a pensar a veces que la voz se ha quebrado
en sus ruedas ocultas y resortes cubiertos
así como se rompen las voces de los muertos.

Tengo también un viejo aparador cerrado
y que, al abrirlo, esparce olor a confituras,
a cera, panecillos, carne y peras maduras.
Es un sirviente probo
cuya fidelidad predica contra el robo.

Vienen hombres, mujeres, numerosas visitas
que no creen en esas invisibles almitas;
y yo callo y sonrío de que me juzguen solo
cuando algún conocido, con su gesto cordial,
entra y me dice: hola, señor Jammes ¿qué tal?»

El Barquero

(EMILE VERHAEREN)

Va remando a dos manos el barquero
en larga lucha contra las corrientes
Lleva una verde caña entre los dientes.

Mas la que lo llamaba
allá, tras de las olas,
cada vez en más vaga lejanía,
retirarse entre brumas parecía.

Con sus abiertos ojos, las ventanas
y el reloj de la torre, contemplaron
su esfuerzo y su coraje,
plegarse en dos el torso, y contraerse
sus músculos en ímpetu salvaje.

Un remo se quebró súbitamente . . .
Hacia la mar con sus pesadas ondas
lo arrojó la corriente.

Aquella que de lejos lo llamaba
entre brumas y vientos, parecía
tender más triste los orantes brazos
hacia el que no venía.

Con el restante remo
se puso a trabajar en un supremo
esfuerzo; más fué tanto,
que en el alma sintió fiebre y espanto.

El timón se rompió súbitamente . . .
La ya inútil astilla hacia los mares
arrojó la corriente.

Y sobre la ribera, las ventanas
con sus ojos enormes y febriles,
y los cuadrantes de las torres, viudas
de milla en milla enhiestas a la vera
de los ríos, miraban fijamente
al hombre loco en su furor salvaje
de prolongar el insensato viaje.

Aquella que de lejos lo llamaba,
entre las nieblas sin cesar gritaba,
la faz hórridamente dirigida
hacia la inmensidad desconocida.

Cual si fuera de bronce, aquel barquero
firme ante el huracán sañudo y fiero,
con el único remo entre las manos
golpeando las ondas proseguía,
y sus pupilas de mirar intenso,
viejas y alucinadas,
miraban la brillante lejanía
desde donde surgiera
la eterna voz bajo la racha fría.

Quebróse el otro remo de repente
Como una leve paja, hacia los mares
lo arrojó la corriente.

El barquero dejó caer las manos;
se desplomó sobre la barca, triste,
desfallecido por esfuerzos vanos.
Un choque brusco hizo virar la nave,
y volvió atrás los ojos . . . ¡Ni siquiera
había abandonado la ribera!

Ventanas y cuadrantes
con beatíficos ojos deslumbrantes,
la ruina de su afán fueron mirando;
más el viejo rival de las corrientes
guardó tenaz, Dios sabe para cuándo,
la misma verde caña entre los dientes.

El árbol

(EMILE VERHAEREN)

leche III

Siempre solo,
que el verano lo arrulle, que el invierno lo ultraje,
aterido su tronco o en verdor su ramaje,
al través de los días de saña y de ternura,
él impone su vida enorme y soberana
a la llanura.

Ve las mismas praderas hace cien y cien años
y las mismas labores y los mismos rastros;
los ojos ya cerrados por la muerte, los ojos
de ancianos que se fueron,
fibra por fibra vieron
rugarse su corteza y anudarse sus ramas.
Él presidió tranquilo y fuerte sus trabajos;
sobre su pie velludo les dió lecho musgoso
donde abrigar la siesta bajo el sol ardoroso,
y brindó sombra pía
a los mozos de antaño que se amaron un día.

En vecinas aldeas, al rayar de la aurora,
se vaticina el tiempo según que canta o llora;
él conoce el enigma de las nubes en vuelo,
del sol que refunfuña tras el brumoso cielo;
es el pasado en pie sobre la vega triste,
y cualquiera que sea el recuerdo clavado
que en su seno persiste,
cuando termina enero
y savia gloriosa circula y se derrama
en las yemas recientes, en el tronco, en la rama,

—brazos que se retuercen, labios en crispatura—
él arroja a los vientos su gran grito que clama
a la vida futura.

Hebras de luz benigna y de lluvia clemente
préstanle ayuda y forman la trama del follaje,
y contrae sus nudos, y alisa su ramaje,
y alza al vencido cielo más enhiesta la frente.
Tan a lo lejos hurgan sus raíces porosas,
que agotan largo trecho las tierras pantanosas
y se detiene a ratos para ver asombrado
aquel trabajo mudo, profundo, encarnizado.

Mas para desplegar y reinar en su alteza
¡oh, los crueles inviernos, oh, las batallas duras!
las espadas del aire que rasgan la corteza,
el chocar de los cierzos, la rabiosa ventisca,
las escarchas que fingen ásperas limaduras,
el odio desatado en la contienda brava,
los granizos del Este y las nieves del Norte,
el hielo blanco y triste cuyo diente se clava
hasta la albura, el noto que las ramas desfibra,

todo furor que fuerce, todo dolor que vibra,
sin que jamás pudiera.

el fragor de la lucha apagar un instante
aquel anhelo insomne de su vida pujante
por alzarse más noble en cada primavera.

Cuando en octubre triunfa el oro en su follaje,
con paso largo aún, mas inseguro y lento,
he emprendido a menudo el prolongado viaje
hacia el árbol que cruzan el otoño y el viento.
Cual gigante brasero de frondas y de llamas,
se elevaba sereno bajo el cielo impasible,
y millares de espíritus entre sus ramazones
coreaban arrullos y entonaban canciones.

Yo iba hacia él, los ojos inundados de lumbre,
lo tocaban mis dedos, lo estrujaban mis manos,
sentía estremecerse su inmensa pesadumbre
de la tierra en el fondo
con estremecimientos enormes, sobrehumanos.
Apoyaba en el árbol mi pecho jadeante
con un amor tan vivo, con un fervor tan hondo,

que su ritmo profundo y su fuerza incesante,
del corazón en ansias me llegaban al fondo.

Y me asociaba entonces a su vida amplia y bella;
formaba parte suya cual si fuera una rama.
Espléndido se erguía al sol como un ejemplo.
Yo amaba con más fuerza tierras, bosques y ríos
y la desnuda vega por do pasan las nubes;
yo me sentía firme y audaz contra la suerte;
mis brazos anhelaban estrechar el espacio;
el cuerpo era más ágil, el músculo más fuerte.
Grité: «la fuerza es santa;
es preciso que el hombre sepa grabar la planta
ruda sobre la senda del designio preciso.
Ella tiene la llave que guarda el paraíso
y es de su mano púgil el franquear la puerta»,
Besé el tronco nudoso con viril energía,
y cuando ya la noche del cielo descendía,
me eché a correr sin rumbo por la campiña muerta,
llevado por las alas de un afán inconsciente,
con gritos que surgían del corazón demente.

Lamentos

(CONDESA MATHIEU DE NOAILLES)

Idos, dejadme a solas con los muertos; reposa
la muerte bajo el polvo; la mañana es hermosa;
tiene el aire perfume de pensiles y huertos;
los muertos, para el resto de la vida, están muertos.
Este cuerpo undulante, al pasar de los días,
tendrá su frente calva y sus cuencas vacías,
y he de hundirme en el sueño solitario y profundo
yo que no dormí sola ni una vez en el mundo.

Todo lo que se extingue y todo lo que cesa,
las ávidas pupilas y la boca que besa
serán silencio mudo y sombra entenebrida,
mientras que ya la verde primavera florida
sube empapada en savia, en oro y en rocío.
Tener un rebotante corazón como el mío
de ensoñación y anhelos, de afán y de esperanza,
y no sentir el ósculo de la aurora que avanza.
Ser el tiempo inmutable bajo el letal reposo.
Otros vendrán dispuestos al placer jubiloso;
parejas juveniles cantarán sus amores
contemplando las mieses, los campos, las labores,
de la estación que vuelve la color delicada
y yo estaré ya muerta, y yo no veré nada.
Me será extraño el goce de mi vivir activo;
mas aquellos que lean en los versos que escribo
el afán de mis ojos y el ardor de mi mente,
vondrán hacia mi sombra luminosa y riente,
mas vendrán con el alma de desaliento herida
porque tiene mi polvo más calor que su vida

Gólgota

(SAINT-POL-ROUX)

Con sus velos más tristes, el nublado horizonte
se crispa sobre el drama universal del monte,
y lanzas triangulares con su brusco perfil
sobre el asta simulan la lengua de un reptil.

Clavado entre dos lobos de humanado semblante
y como fresco trozo de carne palpitante,
agoniza el Cordero, a la cruel embestida
del odio, aquel que daba su mansión y su vida.

Jesús bala un perdón supremo en la tormenta
en que cruje y rechina su estrujada osamenta;
más la sangre purpúrea que de su frente llora,
sus angustias divinas de corales enflora.

Judas, siniestro sapo con humano atavío,
bajo un árbol clemente mece un dolor tardío,
y se dice que arriba se apagan los luceros
para no parecerse a los treinta dineros.

El fauno

(ERNESTO RAYNAUD)

Yo fui sedente fauno oculto en el follaje
cabe rincón florido de un parque abandonado
donde atisbé con ojo marmóreo y asombrado
el salto de una ardilla y el vuelo de un celaje.

Hoy por hoy, un museo me sirve de bosque,
y por recuerdo único del sitio que he dejado,
hay dos briznas de hierba que a mis pies han brotado,
y en la ventana abierta, un trozo de paisaje.

Mi reclusión da fuerza a las memorias mías.
¡Oh, alígera parvada que a la aurora venías
a beber el rocío de mi mano en la palma!

Aquí me rinde un pueblo asombro y ovaciones
y me cuidan lacayos de dorados galones;
mas en el viejo parque se me ha quedado el alma.

ÍNDICE